



CAPITULO X.

Fr. Arnaldo de Tarroja, octavo Gran Maestre.—Elección del Gran Maestre; noticias acerca de este caballero.—Resolución de continuar la guerra contra Sa'adino.—Tregua de dos años.—Embajada al Papa implorando socorros.—Muerte del papa Alejandro III, del emperador de Constantinopla y de Luis VII, grandes protectores de la Tierra Santa.—Escándalos del príncipe de Antioquia; es excomulgado.—Casamiento de Sibila, hermana del rey de Jerusalen, con Guido de Lusignan.—Rompimiento de la tregua; campaña y combates insignificantes; sitio de Krae.—Regencia del reino por la enfermedad de Balduino.—Tregua de cuatro años.—Embajada a Europa, compuesta de los dos Grandes Maestres del Temple y del Hospital, y del Patriarca.—Muerte del Gran Maestre del Temple ocurrida en Vercna (Italia).—Fr. Terric, ó Thierry, noveno Gran Maestre.—Elección del Gran Maestre.—Relacion de lo gestionado por la embajada en Francia é Inglaterra.—Genio turbulento y arrebatado del patriarca.—Pérdida de plazas en Palestina.—Muerte de Balduino y de su sucesor; sospecha de envenenamiento.—Episodio en la coronacion de Sibila como reina de Jerusalen.—Tratos indignos del conde de Trípoli con Saladino.—Desgraciado combate de las dos Órdenes; muerte del Gran Maestre del Hospital; el del Temple, aunque mal herido, se salva; episodio de un Templario y de un Hospitalario.—Sitio de Krae; devastacion del condado de Trípoli; desgraciada campaña de Tiberiades; desastre espantoso y derrota completa del ejército cristiano; caen en poder de los musulmanes la santa cruz, el rey de Jerusalen, los grandes señores de Monferrato, Chatillon y el Gran Maestre del Temple y otros magnates del ejército.—Saladino con un golpe de cimitarra mata á Chatillon delante del rey de Jerusalen.—Desolacion de la Palestina.—Carta del Gran Maestre del Temple enviada á Europa, escrita desde su cautiverio de Damasco.—Sitio de Jerusalen por Saladino; capitulacion; amargura de los cristianos al abandonar la santa ciudad.—Sitio de Tiro; glorioso combate naval del almirante catalan Margarit contra la flota musulmana, que obliga á Saladino á levantar el sitio.



A Orden del Temple al saber auténticamente el fallecimiento de su ilustre Gran Maestre, Fr. Odon de San Amando, en su gloriosa esclavitud, reunió el capítulo general, y teniendo presentes las distinguidas cualidades de Fr. Arnaldo de Tarroja, así como el buen gobierno y acierto desplegado por dicho caballero en el desempeño del maestrazgo que había ejercido interinamente, fué confirmado en aquel supremo cargo con aplauso y satisfacción de toda la Orden.

Fr. Arnaldo de Tarroja, natural de Barcelona (1), había ocupado los principales destinos de la Orden en Cataluña y Aragón como Maestre provincial, según consta en muchas actas de 1167, 1174 y 1175 (2).

A lo que parece, desde esta última fecha, pasaría a la Tierra Santa, donde por muerte de Fr. Odon de San Amando fué elegido por Gran Maestre en 1180, á pesar de que una crónica española equivocadamente consigna en este mismo año por Gran Maestre á Fr. Arminde, que jamás lo fué, y dice que tuvo algunas cuestiones con Fr. Fernando Escasa, Gran Maestre de Calatrava; nosotros consideramos que, si Fr. Arminde tuvo tales cuestiones, sería como Maestre provincial de Castilla y León, que en efecto lo fué, pero no como Gran Maestre (3).

También es inexacto lo que dicen algunos historiadores de que Fray Hugo Jofre, Maestre provincial de Aragón y Cataluña en 1176, fuese Gran Maestre, por cuanto no lo fué jamás, á pesar de que los privilegios de San Juan lo consignan como tal ya en el año 1151 (4).

Asimismo, y sin fundamento, los historiadores de Provenza y Languedoc ponen por Gran Maestre del Temple en 1176 á Fr. Gaufré de Cognac (5).

Este Fr. Cognac pertenecía á la casa de los vizcondes de Marsella, y gozaba de gran prestigio y valimiento por su saber y virtudes, de modo que en las más arduas empresas y expediciones era consultado por los grandes capitanes de aquella época; y en prueba de esto D. Alfonso de

(1) La familia de Tarroja era una de las casas más ilustres y distinguidas de Barcelona. Fr. Arnaldo era hermano de Guillermo VIII de Tarroja; obispo que fue de Barcelona en 1111 y arzobispo de Tarragona en 1172, y murió en 1175. (*Episcopolog. Barcin.*)

(2) Rodríguez Campomanes: *Disert. hist. del Temple.*—*Gallia Christ.*, tom. 1, col. 28.—*Idem*, página 172 *Instrumentorum.*—*Hist. general del Languedoc*, tom. 3, pág. 451.

(3) En el catálogo de los Maestres provinciales de Castilla y León se halla como tal Fr. D. Gutierre Hermildes.

(4) *Privilegios de San Juan de Jerusalem*, pag. 101.

(5) *Hist. gen. del Languedoc*, tom. 3, pág. 510 y 511.—*It. m. Bouche* tom. 2.

Aragón quiso que este caballero Templario fuese con él en su expedición contra Niza; y en las ruidosas querellas que mediaron entre dicho D. Alfonso y el conde de Tolosa, Fr. Gaufré de Cognac, fué elegido árbitro y componedor de las enemistades y rencillas de aquellos personajes. Sin embargo, el citado Fr. Gaufré de Cognac no fué jamás Gran Maestre del Temple, como se supone, y carece por consiguiente, de fundamento el darle por sucesor á Fr. Arnaldo de Tarroja, en dicha dignidad, hacia el año 1176.

Tanto Fr. Hugo Jofre como Fr. Gaufré de Cognac, en aquel entonces no eran sino Maestres provinciales; el nombre genérico de Maestre del Temple, que comunmente se usaba, *Magister Templi*, ha sido causa de equivocarse con frecuencia los historiadores, confundiéndolo con el Gran Maestrazgo. No era difícil hallar el equívoco, si se hubiese consultado bien una escritura pública, pues con ella quedaba desmentida su afirmación; es una acta de 1176 consignada por el célebre historiador Vaissete, hecha por el ilustre abad Vidal del monasterio de Fontfreda, de una parte, y de la otra por Fr. Ramon de Canet. Este último, aunque comendador de Mas de Janes, se llama Maestre, lo que prueba que esta expresión no quiere significar ni decir Gran Maestre ó jefe general de la Orden, sino que lo tomaba todo caballero Templario constituido en dignidad.

Fr. Arnaldo de Tarroja y Fr. Roger Desmolins, nuevamente elegido Gran Maestre del Hospital, procuraron luego después de su respectiva elección presentarse al regente del reino, así como á los principales señores para exhortarles á continuar con vigor la guerra contra Saladino, que era el más temible enemigo que tenía la Palestina; sin embargo, la envidia y la emulación de los grandes por participar del gobierno del estado durante la enfermedad del rey, las criminales inteligencias de alguno de los barones con los infieles, todo esto contribuyó mucho más á los triunfos y conquistas de Saladino, que su propio talento y el valor é intrepidez de los musulmanes.

Los principios del maestrazgo de Tarroja no fueron más afortunados que los últimos años de su antecesor. Los cristianos humillados por pérdidas continuadas, no hallando otro medio más seguro que el de la negociación, compraron á gran precio una tregua de dos años, que pareció tan vergonzosa á los dos Grandes Maestres, que no querían aceptarla voluntariamente. En vano procuraron alcanzar condiciones más honrosas; pero todo fué inútil, pues se trataba con un enemigo implacable porque era más fuerte, y para hacerles ceder, Saladino devastó las campiñas, pegando fuego á los almacenes y causando grandes estragos en el territorio cristiano. Para evitar mayores desgracias, los Grandes Maestres se sujetaron á la tregua.

Luego que dichos Grandes Maestres hubieron firmado este último tra-

tado con Saladino, enviaron al Papa á dos caballeros de ambas Órdenes á fin de informarle de su conducta, y al propio tiempo del peligro á que se hallaba expuesta la Palestina de sufrir por mucho tiempo la ley del más fuerte, si no se procuraba lo más pronto posible enviar á Oriente socorros suficientes para contrarestar la osadía de Saladino.

A consecuencia de esta relacion hecha por los comisionados, el papa Alejandro expidió dos breves, uno á todos los príncipes cristianos y otro á los obispos, representando á unos y á otros el estado deplorable en que se hallaba el reino de Jerusalem, concediendo á todos los que se alistasen para socorrer la Palestina, las mismas indulgencias concedidas por sus predecesores, no omitiendo nada de cuanto podia entusiasmar á los occidentales para tan piadoso objeto. Los encargados de las letras apostólicas fueron los mismos caballeros que habian sido enviados á Roma, y que pasaron á Normandía y presentaron su comision á los reyes de Francia é Inglaterra, que en aquella sazón se hallaban reunidos en Chinon: esto era el 27 de abril de 1181.

Ambos soberanos, vivamente conmovidos de la desolacion de la Palestina, por el relato hecho de viva voz por los comisionados, prometieron ocuparse con preferencia de este asunto, enviando socorros incesantemente (1). El rey de Inglaterra, para satisfacer á la penitencia impuesta por los obispos por la muerte de santo Tomás de Cantorbery, legó por su testamento á las dos Órdenes 15,000 marcos de plata, que debian emplearse para la defensa de los Santos Lugares, sin contar otros 5,000 que los dos Grandes Maestres debian distribuir á los hospitales de leprosos y casas religiosas (2).

En este mismo año de 1181 murieron á la vez con poco intervalo de tiempo los tres más poderosos protectores de la Orden del Temple, á saber, el papa Alejandro III, el emperador Manuel Comneno, y Luis VII llamado el Joven. A este sucedió Felipe Augusto, á Comneno su hijo Alejos II, y al papa Alejandro Lucio III, el cual, luego de haber subido al trono pontificio, expidió una bula dirigida al Gran Maestre, Fr. Arnaldo de Tarroja, confirmando á la Orden todos los privilegios concedidos por su antecesor (3).

La muerte de estos tres celosos personajes no fué el solo contratiempo que contribuyó á la desgraciada situacion de los asuntos orientales. El reino de Jerusalem se iba debilitando por momentos, en el interior, por las divisiones intestinas de los señores, y en el exterior por su mala conducta para con los infieles. La molicie y la corrupcion de costumbres se generalizaron en el ejército, haciéndole incapaz de los ejercicios militares: fal-

(1) Rog. de Hoveden, pag. 611.

(2) Cuerpo univ. de Diplom., tom. 1, col. 107.

(3) Rimer: Pacta. convent. etc., tom. 1, pag. 18. — Item: Regule, Constit. et privileg. Ord. Cist., pag. 179.

to del valor que da la virtud, presenciaba con la mayor indiferencia como todas las pequeñas provincias que habian sido conquistadas unas tras otras por la intrepidez de los primeros cruzados, pasaban al poder de Saladino, sultan infatigable, poderoso y experimentado en el arte de la guerra. Además, las turbulencias y divisiones entre los barones, entorpecian la marcha regular de las operaciones; todo parecia que se conjuraba contra la Palestina, y para complemento de perturbacion, la incontinencia del príncipe de Antioquia, además del público escándalo, amenazó por momentos con una guerra civil, si los dos Grandes Maestres de las Órdenes no la hubieran impedido por medio de su influencia y valimiento.

Detengámonos algo en este ruidoso suceso, que fué principio de una guerra civil.

Bohemundo, príncipe soberano de Antioquia, se habia casado con una dama de la casa de Iblin, y como ésta hubiese fallecido, casó en segundas nupcias con Teodora princesa griega. Durante este matrimonio, Bohemundo se enamoró de los encantos de una jóven, á la cual tomó por concubina, abandonando á su legítima esposa, dama de bellas y excelentes cualidades. Habiéndose hecho público el escándalo, el patriarca, cumpliendo con su sagrado deber, amonestó y reconvino varias veces á Bohemundo por su criminal pasion, y no haciendo caso el príncipe de dichas reconvenciones, el patriarca le excomulgó. Irritado entonces Bohemundo, echó por la fuerza y con ignominia al patriarca de su sede, quien se refugió á un castillo, donde fué sitiado por las tropas de Bohemundo. A vista de estas injusticias algunos señores en union del pueblo, descontentos del gobierno y conducta del príncipe, tomaron las armas con el pretexto de defender á la Iglesia oprimida en la persona del patriarca, así como para vengar agravios personales.

Esta situacion era gravísima, y por lo tanto se hacia necesario resolverla pronto; así es que el rey de Jerusalem, ó mejor dicho su consejo de Estado, temiendo, y con razon, que Saladino podia prevalerse de semejantes divisiones y disturbios, y obtener mayores conquistas, instó al patriarca de Jerusalem y á los dos Grandes Maestres, para que con toda actividad pasasen á los lugares conmovidos, arreglasen este asunto, y restableciesen la calma y tranquilidad tan necesarias en aquellos momentos para la salvacion de la Palestina.

En efecto, partieron los tres diputados, y al pasar por Trípoli, suplicaron á su conde Raimundo, amigo particular de Bohemundo, se uniese con ellos para intervenir en el arreglo que se deseaba. Después, desde Laodicea, se trasladaron á Antioquia.

Luego de haber llegado, se apersonaron con Bohemundo, y despues de algunas conferencias, pudo obtenerse una especie de tratado provi-

sional, en virtud del cual se depodrian las armas por una y otra parte; el patriarca sería repuesto en el goce de las temporalidades, y el entredicho sería levantado, pero que Bohemundo permanecería excomulgado mientras no abandonase á su concubina.

Esta restriccion no hizo más que enardecer aun en mayor delirio la pasion del príncipe para con su querida, y excitar la venganza contra algunos señores de su principado, que se habian declarado á favor del patriarca y en contra de sus amores. En efecto, fueron desterrados el condestable, el chambelan y otros tres grandes barones, los cuales habian secundado las medidas del prelado. Al ser desterrados dichos señores, se retiraron á la pequeña Armenia bajo el gobierno de Rupin, quien con la ayuda de los magnates de dicho país, habia logrado arrojar y dar muerte al apóstata Milon que habia sucedido al trono de Armenia.

En 1182, como continuase enfermo el rey de Jerusalem, que por añadidura era leproso, y, por consiguiente, se veía imposibilitado de contraer matrimonio, y de empuñar las riendas del gobierno; para obviar estos inconvenientes, se trató de casar á su hermana, la princesa Sibila, viuda del marqués de Monferrato, con Guido de Lusignan de la casa de la Marche, el cual habia ido por devocion á Palestina; y en efecto, realizóse el matrimonio. Guido era un príncipe gallardo y de buenas cualidades, pero debemos decir que era más galante que guerrero.

Balduino, prendado de las dotes de su cuñado, le nombró regente del reino, siendo esta eleccion motivo de un descontento general, principalmente de muchos señores, por cuanto habiendo nacido en Palestina, hijos de los ilustres y distinguidos cruzados del tiempo de Godofredo de Bullon, y, por consiguiente, conquistadores de la Tierra Santa, se consideraban ofendidos, viéndose pospuestos á Lusignan, á quien reputaban por extranjero. Raimundo, conde de Trípoli, fomentó la division; este gran vasallo de la corona aspiraba á la sucesion de Balduino, pero la eleccion del rey destruyó todas sus esperanzas, y para hacerlas revivir, parece que entabló secretas inteligencias con Saladino.

La tregua que éste habia hecho con Balduino duraba aun, y para romperla era preciso valerse de un medio del cual no pudiera culparse á los musulmanes. Saladino lo encontró, dando órdenes secretas á un gobernador de la frontera, para que tolerase entrar en las tierras y campos de los cristianos, á la sazón de cosecha, y arrebatarse rebaños enteros de ovejas, vacas, caballos y otros animales.

Para complemento de conflictos y acrecentar motivos de guerra, Renaldo de Chatillon; que era un aventurero y soldado de fortuna, no obstante distinguido por un gran número de actos de valor, á pesar de su desigualdad de linaje, se habia casado secretamente con Constanza princesa de Antioquia, viuda del conde Raimundo; dicho Chatillon era señor

de Krac, plaza fuerte situada en lo alto de una montaña á la entrada de la Arabia Petrea, y con la ayuda de los Templarios se habia fortificado en aquel lugar, desde donde hacia sus correrías. Los mahometanos le temian como un enemigo terrible, porque les sorprendía las carabanas enteras que iban á la Meca, cargando de hierros á los prisioneros, despues de haberlos despojado de cuanto llevaban. Chatillon habia proyectado hacer una expedicion á Medina para arruinar el sepulcro de Mahoma, y lo hubiera llevado á cabo á no haberlo descubierto el gobernador que Saladino tenia en Arabia, y haberse prevenido con respetables fuerzas para oponerse al designio de Chatillon.

Sin embargo, lo cierto es que Chatillon durante la tregua arrebató á los musulmanes algunos rebaños y los condujo á sus tierras de Krac. Ya se sabe que Chatillon habia caido prisionero de Noradino en 1159, y no alcanzó su libertad sino en 1176. Desde este tiempo sin respetar tratados ni convenios, no cesó de molestar á sus antiguos enemigos, haciendo en sus territorios continuas correrías y causándoles males incalculables.

Cerca la violacion de la tregua, unos culpan al conde de Trípoli, otros á Renaldo de Chatillon, y algunos á Saladino, quien, permitiendo intencionadamente soltar rebaños á las cosechas de los cristianos, dió lugar al rompimiento de dicha tregua, afectando no tener él la culpa. En fin, sea lo que fuere, lo cierto es que los musulmanes reclamaron la restitucion de los rebaños cogidos por Chatillon, así como los peregrinos de la Meca, y en vez de ser escuchados fueron recibidos los enviados con bastante destemplanza.

Saladino que no deseaba otra cosa sino tener un pretexto para declarar la guerra, tomó motivo de lo que precede para ejercer su rigor contra los cristianos; y como en represalias mandó poner hierros y cadenas á 1,500 mercaderes y peregrinos cristianos que en aquellos días habian naufragado cerca de Damieta, confiscando sus mercancías, y enviando un embajador á Balduino, para reclamar no sólo satisfaccion de todos los agravios, sino tambien la restitucion de cuanto habia arrebatado Chatillon en perjuicio de la tregua, con protesta, en caso de no acceder á lo pedido, de tratar á los cristianos de la misma manera que ellos harian con los animales, y de declarar la guerra en nombre de Saladino.

Balduino prefirió confesar su debilidad á paliar una injusticia, y contestó que, habiendo tentado en vano reducir á su vasallo rebelde, no habia podido vencer su obstinacion. Saladino entonces se puso en campaña.

Fleury y Vertot, fundados, el primero en un manuscrito moderno que no ha visto la luz pública, y el segundo en la autoridad de una historia llena de faltas y errores (1), suponen que los Templarios contribuye-

(1) Hist. Eccl., tom. 15, pág. 515.—Hist. de Malta, lib. 2.